

Relatos de candil

Sonia María García García



Círculo Rojo
EDITORIAL



Círculo Rojo

RELATOS DE CANDIL

RELATOS DE CANDIL



SONIA MARÍA GARCÍA GARCÍA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2021

Depósito legal: AL 1956-2021

ISBN: 978-84-1104-830-9

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sonia María García García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

Dedicado a la Galicia invisible de todos los tiempos.
A mi ahijado Pablo, el futuro.
Y a Merlín.

Índice:

NOTA DE LA AUTORA.....	13
1 LA TORMENTA	17
2 EL VIEJO MONASTERIO	25
3 EL MARINERO FITZWILLIAM.....	35
4 FARO	47
5 LUZ EN LA OSCURIDAD	61
6 LA DONCELLA BLANCA.....	77
7 TRENES Y LOBOS.....	93
8 SOLSTICIO	105
9 LA CASONA.....	117
10 EL PEREGRINO	151
11 OLAS DEL MAR SAGRADO.....	171
12 LOBISHOME.....	191
GLOSARIO DE PALABRAS EN LENGUA GALLEGA.....	207
BIBLIOGRAFÍA	209
CONSULTAS EN RED	211

«En las tinieblas la imaginación trabaja más
activamente que a plena luz».

Immanuel Kant

«Igoal que un can danado nos camiños
o terror anda solto polo mundo».

Celso Emilio Ferreiro, *Longa noite de pedra*

«As noites de inverno soio son boas para os trasgos,
pra as meigas, pra os lobos...
E pra quen escoita contos de medo
sentindo romba-lo vento».

Ánxel Fole, *Á lus do candil*

NOTA DE LA AUTORA

Galicia es un compendio de paisajes, historia, arte y cultura. Galicia es su gente, su forma de vida, sus lenguas, su gastronomía. Galicia es lo visible que disfrutamos cada día y que enseñamos orgullosos al forastero, fruto del paso del tiempo, de nuestros aciertos y de nuestros errores. Pero existe también una Galicia invisible, más sentida y vivida que demostrada, llena de misterio, de superstición y de creencias antiguas. Una Galicia repleta de leyendas y de personajes singulares que se mueven entre lo real y lo imaginario y que también han forjado nuestro carácter. Seres que nos hacen únicos y que, al mismo tiempo, nos relacionan con infinidad de pueblos con los que este territorio ha tenido contacto desde tiempos inmemoriales. Y así, encontramos elementos que nos unen a lugares diversos de la península, a la mitología griega y a otros pueblos mediterráneos, a las sagas de los países nórdicos, a creencias centroeuropeas, a la fachada atlántica de nuestro continente con la que compartimos los paisajes que un día fueron también Finisterre y un sinfín de elementos de nuestro imaginario, como ocurre con Irlanda o con las fascinantes Tierras Altas de Escocia...

Con el crecimiento de las ciudades y el abandono del rural, el hombre se ha alejado de su elemento natural, del contacto con el medio, de su dependencia de los ciclos del año, que antiguamente

mente influían en su supervivencia. Ojalá sea algo reversible. En su momento, también el cristianismo intentó borrar el rastro de una religión de tipo animista, asimilando y adaptando aquellos cultos paganos a la nueva religión con relativa fortuna. El paso de los años y otros factores pueden haber contribuido a llevarnos en parte al olvido. Sin embargo, no hace falta más que una reunión en torno a una hoguera, una fecha señalada en el calendario como la noche de difuntos, una lucha del bien y del mal, o un suceso aparentemente inexplicable, para que aflore y resurja en nosotros el patrimonio invisible.

En esta obra continúo la labor que mejor sé hacer: mostrar Galicia. A través de las ciencias naturales, de las ciencias sociales o de la literatura, como en esta ocasión, escribo para darla a conocer. Leeréis en ella varios relatos, cada uno ubicado en un lugar real de especial importancia para mí, que os llevarán por las cuatro provincias gallegas y a través de diversas épocas de nuestra historia. Miedos ancestrales como el que en Galicia se siente por el lobo o por los aparecidos. Las premoniciones o el mal de ojo, meigas y brujos, leyendas del Camino de Santiago y otros elementos de nuestro imaginario aparecerán entre estas páginas para sorprenderos. Y todos unidos por un elemento común: un candil. Una humilde luz que guía a los personajes en los peores momentos. Una luz en la oscuridad. Una esperanza.

Disfrutaréis de sucesos increíbles que un día alguien vivió y quiere ahora compartir. Otros que nunca sucedieron, pero que hubiesen podido ocurrir. No son historias de miedo, aunque en algún momento un escalofrío pueda recorrer vuestra espalda, sino narraciones evocadoras que hablan de nosotros y de nuestra historia, y, sobre todo, que os harán recordar, ya que despertarán en vosotros sensaciones dormidas. Traerán a vuestra memoria vivencias propias, quizá nunca contadas, o que habéis escuchado. Sin duda, cada uno de los lectores de este libro podría añadir sus propias experiencias a él.

Pero también trata de la esencia de la vida pasada, del imprescindible papel de la mujer en todos los tiempos y de hombres extraordinarios, de medicina popular, de ritos y costumbres, del idioma gallego representado por palabras clave tan cargadas de significado que merecen no ser traducidas (podéis consultarlas en cualquier caso en el glosario final).

A los gallegos os resultará una obra profundamente evocadora. A los demás lectores, os ayudará a comprendernos mejor.

Aclarado todo, me retiro ya para que disfrutéis de esta obra. Solo añadiré algunas sugerencias antes de hacerme a un lado: una lectura pausada para saborear nuestra esencia más íntima, un ambiente que permita que os introduzcáis en cada historia como un personaje más que la vive junto a los protagonistas, y una luz tenue que os permita leer, pero que deje lugar también a las sombras que nos envuelven.

Leed, soñad, recordad.

1 LA TORMENTA

«É moito o sofrimento
que durme encorado
no fondo do corazón».

Eduardo Moreiras, *Primaveira no Lor*

Nada salió bien aquel día de otoño del año 1945, cuando todavía los ecos de la guerra aleteaban y sus secuelas vaciaban las arcas de grano. Los habitantes de las montañas de O Courel sobrevivían, a duras penas, con el escaso producto que sus tierras ofrecían y lo poco que la furia de los cielos no destrozaba una y otra vez.

Francisco vivía en una antigua casa de piedra junto a sus abuelos, sus padres y siete hermanos más jóvenes. Era trabajador y buen mozo, como demostraba el creciente interés que despertaba entre las muchachas. Ya no era un niño y pronto lo llamarían a filas. Aunque él sabía que perderlo durante varias cosechas sería un descalabro para la familia, su curiosidad natural por ver mundo se vería saciada al fin. Pensaba en el ejército con cierto temor, pues vio regresar de la guerra a muchos hombres embrutecidos portando todavía las armas que no supieron a quién devolver

cuando aquella terminó y no deseaba convertirse en uno de ellos. Realmente, lo que anhelaba era ver los lugares de los que aquellos hablaban y, sobre todo, los que bañaba el mar. Recordaba cuando de niño, en la escuela, aprendió el nombre de los mares y océanos, y cómo Colón descubrió un nuevo continente aprovechando los vientos, las corrientes marinas, el sol y las estrellas. Para aumentar su curiosidad por la inmensidad de aquellas aguas, un viejo buhonero le habló una vez de ellas y fijó en su mente el deseo de sentir la brisa salada en el rostro, tan distinta de aquella vaharada ardiente del verano en la montaña. Ansiaba sumergirse en su frescor, en lugar de levantar las brazadas de hierba seca en los campos que quemaban su rostro, sus brazos y su pecho. Anhelaba acostarse en la arena en lugar de en su camastro de paja lleno de pulgas y de puntas afiladas que se clavaban en su espalda. A veces, soñaba... Mas siempre volvía a la realidad y continuaba realizando sus tareas hasta caer extenuado cada noche en su jergón, dando gracias por lo que los bosques, su casa y su familia le ofrecían.

Los pocos días libres que tenía, vagaba por las alturas de la sierra, tan arriba que su vista se perdía en la lejanía. En la época adecuada, bajaba al río a pescar disfrutando de la soledad. Pocas truchas escapaban a los succulentos bocados que les preparaba, y, aunque Francisco disfrutaba con la lucha, no con la muerte, eran un succulento manjar que cocinar en la lumbre de la *lareira*. Una docena de bocas hambrientas degustaban entonces cada bocado como el más exquisito de los banquetes, dejando los mejores pellizcos a los niños, que no se apercebían del disimulo de sus mayores. Si sus pasos no lo dirigían al río o a las cumbres, vagaba por los inmensos bosques de robles, de hayas y de mil especies más, cargados de líquenes colgantes como los harapos con los que su abuela tapaba el hueco de las ventanas para evitar las miradas indiscretas de los vecinos cuando su nuera, sus nietas y ella misma se aseaban en el aguamanil del cuarto.

Aquella mañana había mucho trabajo que hacer. La chiquillería, feliz y despreocupada, jugaba por las callejuelas ya que, a pesar de lo avanzado de la estación, ningún maestro había llegado al pueblo. Mientras, los adultos se repartían entre la ardua tarea del castañal y la vigía del ganado.

Francisco subió con su abuelo a los pastos de la sierra con dos vacas y dos bueyes. El día amaneció despejado y cálido, pero vistieron sus zamarras, ya que sabían por experiencia que, si el viento viraba al norte, en las cumbres tendrían frío. Metieron en los bolsillos dos puñados de castañas nuevas, algo de pan duro y un poco del tocino rancio que aún quedaba de la matanza anterior. Las abundantes fuentes apagarían su sed.

El abuelo, también llamado Francisco, como todos los primogénitos de la familia desde tiempos que ya no podían recordar, subía las cuestas con más lentitud cada día. Ambos eran conscientes de que, a pesar de su fortaleza innata, los años estaban dejando huella en él. Por una parte, aumentaba en aquel anciano el poso de la sabiduría que el tiempo da si se vive atento, pero también la debilidad de unos músculos que un día fueran de hierro.

—Suba despacio —dijo Francisco dulcemente.

—No me queda más remedio, hijo —respondió él resignado.

Por su lentitud, el ganado se alejaba y Francisco hizo un gesto indicándole que se adelantaría para no perderlo de vista.

Según avanzó la mañana, la temperatura se elevó hasta hacerse insoportable y, en lugar de encontrar el fresco en lo alto, un aire muy cálido subió ladera arriba mientras nacían pequeñas nubes sobre ellos.

—Apostaría mi cayado a que tendremos tormenta —comentó el viejo observando la gestación de un fenómeno que había visto miles de veces durante su vida.

—Ya estamos en noviembre, abuelo. Aunque venga, el trueno no será muy fuerte —opinó Francisco.

El viejo lo miró, dejando una duda en el aire.

Sentados en una roca, dejaron transcurrir el tiempo contemplando la cumbre redondeada en la que plantaban centeno y pastoreaban el vacuno con cierta facilidad, escuchando los sonidos de la montaña y guardando sus pensamientos para sí. El abuelo encendió su pequeña pipa, que desprendió un tufo fuerte, casi picante. Era el aroma del anciano, una mezcla de tabaco, del humo del hogar impregnado en sus ropas y de las reses que cuidaba con empeño. Su olor daba seguridad a Francisco. Significaba que aquel sabio estaba cerca y que todo iría bien.

Mucho más abajo, quedaba el pueblo de casas de piedra unidas para protegerse del frío invernal y de las nieves, además de guardarlos del sol en la fuerte canícula. Los tejados humeaban, pues las mujeres preparaban la comida en los fuegos de sus hogares, y algunos vecinos iban de aquí para allá cumpliendo sus tareas. Ningún esfuerzo podía despreciarse en aquellas tierras duras de montaña que daban solo lo que el hombre era capaz de arrancarle con trabajo y sudor sin fin.

Al mediodía, los envolvió un silencio repentino. Los pájaros acallaron sus cantos. Advirtieron que enjambres de abejas se lanzaban ladera abajo hacia el pueblo, buscando el refugio de sus colmenas de corteza de alcornoque. Sus animales se acercaron al sendero y comenzaron el descenso hacia las cuadras sin necesidad del aliento de los pastores. El día se oscureció y el rumor de un trueno lejano rasgó aquella quietud amenazante.

—Vámonos, Francisco —apremió el abuelo—. Esta tormenta va a ser de las fuertes. El ganado la percibe. No tardará en llegar.

—Sí, abuelo. Tenía usted razón esta mañana.

—Son muchos años de experiencia —dijo golpeteando su pipa contra la roca en la que estaba sentado, vaciando la picadura.

Los relámpagos, cada vez más cercanos, se hicieron visibles rasgando las nubes. Se levantó un viento repentino y huracanado. El ganado gritó asustado y los hombres se afanaron en conducirlo agrupado por el camino, queriendo evitar una mala caída o una pata rota.